

Leer es mi cuento

Puro Cuento

Ministerio de Cultura de Colombia

Mariana Garcés Córdoba

Ministra de Cultura

Ministerio de Educación Nacional

María Fernanda Campo Saavedra

Ministra de Educación

Editor Iván Hernández

Coordinadora Editorial: Jenny Alexandra Rodríguez

Diseñador editorial Neftalí Vanegas

Ilustrador de cubierta Daniel Gómez

Ilustradores Rafael Yockteng - Daniel Gómez

Comité editorial Jorge Orlando Melo - Iván Hernández - Moisés Melo

Primera edición, 2012

ISBN: 978-958-9177-77-8

© Ministerio de Cultura. Derechos patrimoniales reservados sobre las ilustraciones de Rafael Yockteng, Daniel Gómez y las traducciones de Pedro Lama.

© Derechos morales de las ilustraciones y las traducciones como aparece en cada cuento.

Material de distribución gratuita. Los textos son de varios autores que pertenecen al dominio público. El Ministerio autoriza la reproducción física y digital del libro incluyendo ilustraciones y traducciones en casos en que no haya fines de lucro, para cualquier otro uso de éstas se requiere autorización del Ministerio de Cultura.

serieleeresmicuento@mincultura.gov.co

Impreso en: octubre de 2012

Contenido

Puro Cuento	1
La princesa y la alverja	4
El cuento de Alí el Persa	6
El gallo de oro	11
La historia de los tres cerditos	25
El gigante egoísta	31
Los músicos de Bremen	39

La princesa y la alverja

Ilustrado por Rafael Yockteng - Traducido por Pedro Lama

Había una vez un príncipe que quería encontrar una princesa, pero una princesa de verdad. Viajó por todo el mundo buscando una, pero siempre algún defecto les encontraba. Princesas había muchas, pero a él le resultaba muy difícil tener la absoluta certeza de que eran auténticas. Siempre había algo en ellas que no estaba del todo bien. Finalmente, el príncipe regresó a su casa muy triste, porque estaba desesperado por encontrar una princesa de verdad.

Una noche estalló una terrible tormenta. Había rayos y truenos, y la lluvia caía a cántaros. Era realmente una noche espantosa.

En mitad de la tormenta, alguien llamó a las puertas de la ciudad, y el viejo rey ordenó que las puertas fueran abiertas.

Era una princesa quien estaba afuera, pero su aspecto era atroz debido a la lluvia y la tormenta. El agua le corría por el pelo y las ropas, se le metía por la punta de los zapatos y le salía por los tacones; pero ella decía que era una princesa de verdad.

“Bueno, bueno, ya lo veremos”, pensó la anciana Reina, pero no dijo nada.

Fue a un dormitorio, quitó toda la ropa de la cama y puso una alverja en el fondo.

Luego, cogió veinte colchones y los puso sobre la alverja, y encima de estos puso además veinte edredones. Aquí era donde debía dormir la princesa. A la mañana siguiente le preguntaron cómo había dormido.

–Ay, muy mal –dijo la princesa–. Apenas pude pegar los ojos en toda la noche. Sólo Dios sabe qué había en esa cama. Al parecer, estaba acostada sobre algo duro, y amanecí con el cuerpo lleno de cardenales. ¡Ha sido verdaderamente espantoso!

Todos supieron enseguida que se trataba de una princesa de verdad, pues pudo sentir la alverja a pesar de veinte colchones y veinte edredones. ¡Solo una auténtica princesa podía tener la piel tan delicada!

De modo que el príncipe la tomó por esposa, seguro de que había encontrado a una princesa de verdad. La alverja fue llevada a un museo, donde todavía puede verse, si nadie se la ha robado.

¡Como veréis esta sí que es una historia verdadera!

El cuento de Alí el Persa

Ilustrado por Rafael Yockteng - Versión de Jorge Orlando Melo a partir de las traducciones de V. Blasco Ibáñez, Ch. Joseph Mardrus y R. Burton

Una noche en que el califa Harun Al Rachid no podía dormir, le pidió a Yafar, su visir, que buscara cómo entretenarlo. Yafar le dijo que tenía un amigo llamado Alí el Persa, que se sabía muchas historias sabrosas, capaces de borrar las penas y calmar las inquietudes. Lo llamaron y le pidieron que contara un buen cuento, de esos que quitan los pesares y adormilan a los insomnes.

Alí el Persa contestó: "Oigo y obedezco; le contaré una historia que no es de oídas, sino que me pasó a mí mismo.

Sabrá Usted, Príncipe de los Creyentes, que hace años decidí irme de Bagdad a recorrer el mundo, con un muchacho que cargaba mis cosas en una liviana bolsa de cuero.

Un día, en una ciudad cuyo nombre no importa, estaba vendiendo y comprando cosas, cuando un desvergonzado curdo vino hasta donde estábamos, agarró mi bolsa y empezó a gritar que era suya, con todo lo que tenía, y que se la habíamos robado.

Yo le dije que estaba seguro de que era mía, porque la había traído desde Bagdad, pero el ladrón no quiso creerme y la gente, que se amontonó a oír nuestra discusión, me recomendó que llevara el asunto ante el cadí para que nos sirviera de juez.

– ¿Qué los trae aquí y por qué están peleando? –nos preguntó el cadí.

Y el curdo se adelantó y dijo –Que Dios proteja a su señoría, pero este persa trámoso dice que trajo esta bolsa desde Bagdad; y eso es mentira, pues yo mismo la saqué de mi casa, y lo que tiene son mis cosas.

– ¿Cuándo la perdió usted? –preguntó el cadí.

–Ayer –dijo el ladrón–, y por eso no pude dormir en toda la noche.

–En ese caso –respondió el cadí–, dígame qué hay dentro de ella.

–Sí –dijo el ladrón–. En mi saco hay pintura para los ojos y dos pinceles para untarla, dos tazas doradas y dos candeleros envueltos en un pañuelo, dos tiendas de campaña con dos platos, dos cucharas y un cojín, dos tapetes de cuero, dos jarros y una bandeja de bronce, dos platos, dos jarras y un caldero con un cucharón, dos sacos, dos sillas de montar y una aguja, una vaca y dos terneros, una oveja con dos corderos y una cabra, dos perras y una gata, dos telas verdes, dos camellos, una osa, una leona y dos leones, dos chacales y un colchón,

dos sofás y una alcoba alta, dos salones y un pórtico y muchísimas personas de mi país que darán fe de que la bolsa es mía.

Entonces el cadí me dijo:

–Bien, según usted, ¿qué hay en la bolsa?

Yo había quedado aturdido por la osadía del curdo y, para no quedarme atrás, dije:

–Que Dios proteja a su señoría, pero, a decir verdad, en el talego no había casi nada: sólo una casita derruida, otra sin puertas y una perrera, una escuela de niños con unos muchachos que juegan a los dados, varias tiendas de campaña con sus cuerdas, una forja de herrero y una red para pescar, y las ciudades de Bagdad y Basora, con el palacio de Saddad ibn Ad, y muchos hombres y mujeres que son testigos de que la bolsa es mía.

– ¡Falso, todo eso es falso! –Dijo el curdo al borde de las lágrimas–.

Todo el mundo sabe que la bolsa, señor juez, tiene los objetos que he dicho y, fuera de otras cosas que no menciono, guarda dos ciudades fortificadas, cuatro jugadores de ajedrez, un cojo y dos paralíticos, dos monjes, dos diáconos y dos frailes, y un juez y dos testigos que probarán que la bolsa es mía.

Y el cadí me preguntó: ¿y cuál es su respuesta a esto? Yo, muerto de la ira, me paré y contesté: Oh, príncipe de los creyentes: tengo que añadir que tenía en esta bolsa mil carneros y mil perros que ladraban, jardines con flores, hierbas aromáticas, manzanas y brevas, mujeres cantantes y fiestas de bodas y tumulto y ruido, amigos fieles y camaradas divertidos y hombres encarcelados por sus delitos, todo el Irak, y muchas mujeres hermosas, indias, griegas, turcas, curdas, persas y chinas, dos ríos y varias ciudades, y también mil navajas de afeitar, para cortar la barba del cadí, si no me reconoce mis derechos y decide que esta bolsa es mía.

—Cuando el cadí oyó lo que el curdo y yo declaramos, nos miró confundido y dijo: Ya veo que no son ustedes más que dos descarados, dos zánganos maliciosos que se burlan de los jueces y las leyes de este país bendito. Porque en ningún lugar del mundo, ni de China a Bagdad, ni de Persia al Sudán, ni desde Wadi Numán hasta la tierra de Jurasán, nadie ha oído algo parecido; o esa bolsa es como un mar sin fondo o como el día del juicio final, donde todas las cosas, buenas y malas, resucitarán y estarán juntas.

Y, sin más tardanza, me ordenó que abriera la bolsa. Y cuando lo hice, todo lo que apareció fue un pedazo de queso, un limón y dos aceitunas.

- ¡Esta no es mi bolsa! -dijo-. La mía debe haberse perdido, con todos sus tesoros dentro. Esta debe ser la del curdo. Y se la entregué a éste y seguí mi camino”.

La historia que contó el persa Alí hizo reír sin parar al califa Harún Al Rachid, quien, después de darle a Alí un magnífico regalo, se acostó y durmió en paz.

El gallo de oro

Ilustrado por Rafael Yockteng - Traducido por M. Marshall de Power

Mucho tiempo ha, antes de que viviera el abuelo de tu abuelo, el ilustre Zar Dadón gobernaba su reino, defendiéndole de las invasiones de sus enemigos. Cuando alguien se atrevía a retarlo, ceñía su brillante espada y se iba a la guerra, cayendo sobre su enemigo con tal fiereza y causando tal número de muertes, que no dejaba vivo más que a uno solo, para que éste pudiera volver a su patria llevando las noticias de las proezas de Dadón. Por eso los monarcas vecinos temblaban al oír el nombre de Dadón; temían que príncipes y nobles lo aclamasen y se inclinasen profundamente ante él, aceptando cualquier humillación que el Zar Dadón les impusiese y sufriéndola en silencio.

Pasaron los años, enflaqueció su brazo y se debilitó su vista. Su cabeza no podía ya soportar el peso del poder y sus espaldas se doblaban bajo el fardo impuesto. Se vio obligado a abandonar los rigores de las guerras y a avenirse a un género de vida más cómodo y muelle. Sus vigilantes enemigos, que todo lo sufrían en los días de juventud y fortaleza, veían ahora que la debilidad se había apoderado del Zar. En cuanto se hubieron percatado de ello, reunieron sus tropas, y, pasando las fronteras, arruinaron las tierras y se dedicaron al pillaje, asolando todo a su paso. Dadón obligó a sus debilitados miembros a ir de nuevo a

la guerra y multiplicó sus legiones de guerreros, cuyo número fue tan grande que no quedó nadie para sembrar la tierra y cuidar de las viñas. De este modo el hambre se dejó sentir en todo el reino. A pesar de ello, no podía vencer a sus enemigos; sus soldados se batían con denuedo y con valor morían; mas Dadón quedaba confundido por las hordas de sus adversarios, como un corcel fatigado por los golpes de su jinete implacable. Cuando dirigía sus pasos hacia el Sur, seguíanle rápidos escuderos que venían a darle la nueva de que una fuerza armada se acercaba hacia el Oeste. Si volvía grupa, para ir en la dirección indicada, un toque de trompetas daba la alarma hacia el Este. Así es que el Zar Dadón no conocía ya la alegría durante el día, ni la paz en la noche.

En vista de estos acontecimientos, mandó a sus heraldos proclamar por todo el reino que aquél que encontrase el medio de traer la destrucción sobre los enemigos de Dadón, recibirían de su Zar los más altos honores y un monte formado con rublos de oro. Pasaron dos días, con sus noches, sin que nadie se presentara ante el Zar. Al tercero, acercóse hasta el trono de Dadón un viejo brujo que pasaba por la ciudad. Negras eran sus vestiduras y blanca como la pluma de un cisne su larga barba. Su rostro estaba marchito como hoja seca, y sus ojos brillaban como dos tizones encendidos entre las grises cenizas. En su mano derecha llevaba un saco, de cuyas profundidades sacó un gallo de oro, que ofreció a Dadón diciendo: "Señor, el aviso de Vuestra Majestad ha

Ilegado hasta el polvoriento rincón del mundo donde este vuestro servidor ejercita sus pobres artes. Recibid este gallo de oro que he confeccionado para vuestras necesidades. Es fiel, vigilante y atrevido. Hacedlo colocar en la parte más alta de la cúpula de vuestro dorado palacio, y ya no necesitaréis más centinelas. Cuando vuestros enemigos permanezcan pacíficos tras sus fortificaciones, se quedará sin movimiento en su puesto. Pero si el aire que pasa sobre los montes le trajese el más ligero aviso de su proximidad, bien viniesen vuestros enemigos de los desiertos del Oeste, o de los mares del Sur o de los perfumados bazares del Oriente, mi gallo de oro erizará sus plumas, levantará su cresta, y, volviéndose hacia la dirección en que Vuestra Majestad sea amenazado, lanzará un “quiqui- rri-quí”, en tonos a la vez tan suaves y tan penetrantes, que llegarán a vuestros oídos, Señor, aunque Vuestra Majestad esté enterrado bajo las nieves de cincuenta años”.

Dadón cogió en su mano el gallo de oro y se rió alegremente. Luego replicó: “¡Oh sabio y salvador de mi reino! Tú que has servido fielmente a un príncipe, alcanzarás una recompensa digna de él. Serán tuyos un monte de oro o un río de plata, y cualquiera que fuere tu deseo, bien ahora, bien más tarde, será mío también y se cumplirá sin dilación. Quede esto como mi promesa”.

“¿Qué falta me hacen el oro ni la plata, Señor, si yo me contento con pan negro para saciar mi hambre y con agua clara para apagar mi sed? Mis deseos tampoco son los de otros hombres. Sin embargo, ¿quién puede leer en las estrellas lo que allí está escrito? Puede que algún día vuelva a pedir a Vuestra Majestad que cumpla su compromiso”. Diciendo esto, el brujo saludó tres veces, con la cabeza inclinada hasta el suelo, y abandonó el palacio sin que nadie volviera a verle.

Ordenó el Zar que el gallo de oro fuese colocado en la parte más alta del domo de su dorado palacio. Mientras los enemigos del Zar estuvieron pacíficamente tras sus fortificaciones, el gallito parecía dormir en su alto puesto, pero en cuanto percibía el primer movimiento de guerra, por muy distante y secreto que fuera, él despertaba, erizábanse sus plumas de oro, levantaba su cresta y volviéndose en la dirección del peligro, gritaba: “¡Qui-qui-rri-quí! ¡Qui-qui-rri-quí! Guarda tu reino como yo cuido de tu paz. ¡Qui-qui-rri-quí!”

Estos gritos los lanzaba con voz tan suave y tan penetrante a la vez, que siempre los oía Dadón, estuviese despierto o dormido, en el jardín o galopando en una cacería. Mandaba el Zar a sus legiones contra el enemigo, que era diezmado y diseminado a los cuatro vientos, así que la gloria del Zar era proclamada de nuevo y nadie se atrevía a luchar con él. De esta manera velaba el gallo de oro por la paz del reino, mientras

el Zar se levantaba contento y se acostaba al anochecer con el espíritu tranquilo. La paz reinaba en todas las fronteras.

Así pasaron tres alegres años, y, al principio del cuarto, una noche que Dadón dormía su tranquilo sueño, le pareció que un grito débil y lejano turbaba su descanso. Era tan suave el grito, sin embargo, que el Zar, sin darle importancia, lanzó un profundo suspiro, tiró del cubrepiés, hasta acercarlo más a su cabeza, y siguió durmiendo. Más un súbito tumulto se levantó en las calles, se acercó a los muros del palacio, creciendo por momentos en volumen y furia, hasta que despertó el Zar, el cual gritó: “¿Quién se atreve a turbar el sueño de Dadón el Zar?” La voz del general de sus tropas se hizo oír, diciendo: “¡Oh, Zar! Padre y defensor de nuestro pueblo, despierta. Nos acecha el desastre. Despierta ioh, Zar! y cuida de tu reino”.

“Volved a vuestros lechos, tontos –gritó Dadón– y quedáos en paz. ¿No sabéis que mientras duerme el gallo de oro no puede acaecernos mal alguno?”

“El gallo de oro está despierto, Señor, y grita hacia el Oeste, mientras vuestro pueblo clama a vos para alcanzar vuestra protección”.

Dadón miró por la ventana, hacia donde el gallo de oro vigilaba desde su encumbrado puesto. Pudo ver entonces que batía sus alas con verdadero furor, vuelto hacia el Oeste, y levantaba su cresta de oro,

gritando: "¡Qui-qui-rri-quí! ¡Qui-qui-rri-quí! Defiende tu reino hacia el Oeste. ¡Qui-qui-rri-quí!"

En el mismo instante el Zar ciñó su corona, cogió su cetro y salió del palacio. Ordenó que se levantara un ejército, a cuya cabeza colocó a su hijo mayor, conocido en todo el reino por el nombre de Igor el Valiente. Le besó en ambas mejillas y le despidió diciendo: "Por la cabeza de mi enemigo te daré medio reino". Igor el Valiente, contestó: "Tu enemigo es también el mío, mi Zar y Señor". Y montado sobre su corcel, de color gris hierro, salió galopando hacia el Oeste seguido de sus tropas.

El gallo de oro quedó silencioso en el pináculo donde estaba, y el pueblo de Dadón volvió tranquilo a sus respectivas moradas. El Zar se acostó de nuevo en su lecho real y cayó en un tranquilo sueño. Pasaron ocho días. Dadón esperaba nuevas de la guerra y de su hijo Igor; más por mucho que mirase desde su ventana, no veía acercarse ningún heraldo portador de noticias que viniera del Oeste, ni podía saber nada de lo sucedido.

Súbitamente, el gallo de oro se despertó desde su alto puesto, erizó sus plumas, levantó su cresta, y gritó: "¡Qui-qui-rri-quí! ¡Qui-qui-rri-quí! Guarda tu reino hacia el Oeste. ¡Qui-qui-rri-quí!"

De nuevo un murmullo se levantó entre los habitantes de la ciudad, creció hasta convertirse en tumulto y rodeó el palacio del Zar suplicándole protección.

Éste ordenó inmediatamente que se levantara un segundo ejército, mayor que el de Igor el Valiente, en número de mil legiones, a cuya cabeza colocó a su hijo el segundo, conocido en todas partes con el nombre de Oleg el Hermoso. Besó el Zar a su hijo el segundo en ambas mejillas, y lo despidió diciendo: "Por la cabeza de mi enemigo te daré medio reino". Oleg el Hermoso, contestó: "Tu enemigo es también el mío, mi Zar y Señor". Y montando un corcel, más blanco que la leche, salió galopando hacia el Oeste seguido de sus tropas.

El gallo de oro quedó silencioso en su pináculo y el pueblo volvió a sus respectivas moradas, mientras Dadón descansaba. Pasaron otros ocho días, y por más que Dadón recorría con la mirada todo el horizonte hacia el Oeste, no veía ningún heraldo que le trajera noticias de su hijo Oleg. Los ojos del Zar se cerraban de cansancio. Ningún correo traía nuevas de la guerra sostenida contra sus enemigos. El corazón de Dadón se llenaba de pesar y de miedo, mientras su pueblo trataba de esconderse en sitios ocultos o recorría las calles con terror. Súbitamente el gallo de oro se despertó, erizó sus plumas, levantó su cresta y gritó:

“¡Qui-qui-rri-quí! ¡Qui-qui-rri-quí! Guarda tu reino hacia el Oeste. ¡Qui-qui-rri-quí!”

Inmediatamente ordenó el Zar que un tercer ejército fuese reunido, mayor en número, compuesto de infinidad de legiones, más aún que el de Igor el Valiente y el de Oleg el Hermoso. Ciñó Dadón su brillante espada, montó en su negro corcel y salió galopando hacia al Oeste, seguido de sus tropas y teniendo por compañera inseparable la gris preocupación. Viajaban sin cesar hacia el Oeste, mientras el sol se ponía, caía la noche y la aurora despuntaba. Así pasaron la siguiente noche y trotaban aún sin acortar su paso ni descansar. Escrutaban con su mirada cielo y tierra, pero no veían en sitio alguno las tiendas de campaña de sus ejércitos, ni los montículos funerarios de sus enemigos, ni los campos de batalla rociados en sangre.

“Esto debiera ser para mí un augurio –pensó Dadón–; pero ¿quién podría decirme si es bueno o malo?” Siguieron viajando hasta el amanecer y pasaron el día y la noche siguientes.

Los soldados se dormían en sus sillas, y los caballos tropezaban a fuerza de cansancio. Así viajaron siete días y siete noches, hasta que el día octavo llegaron a la vista de unas colinas color púrpura. A través de la abertura de una roca vieron una tienda de campaña de seda. Dijo Dadón: “Esta es la tienda de mi enemigo”. Sin embargo, sobre las

colinas y los valles cercanos reinaba un profundo silencio. Se acercaron varios a la abertura de la roca, y se encontraron con el cadáver de uno de los acompañantes de Igor el Valiente, que tenía una gran herida en un lado. Cerca de este, vieron a otro del acompañamiento de Oleg el Hermoso, cuya cabeza estaba separada del tronco. Dadón miró en derredor suyo, y se vio rodeado de los cuerpos sin vida de los que fueron sus ejércitos. Mas no veía a sus hijos. Desnudó entonces su espada y se dirigió hacia la tienda de su enemigo. Su corcel temblaba, como no queriendo llevarlo más lejos. Desde cierta distancia, apercibió los caballos de sus dos hijos, que galopaban, como locos, hacia todas direcciones; pero ellos, los jefes de los ejércitos, permanecían ocultos.

Bajó entonces el Zar de su corcel y se dirigió hacia la tienda de seda. Se paró a la entrada. ¡Allí estaban sus hijos! Sus armaduras yacían al lado, y las espadas de ambos estaban clavadas en el corazón de los dos hermanos convertidos en adversarios. El Zar se desplomó sobre el suelo, rompió sus vestiduras y alzando la voz en terribles lamentos, prorrumpió: "¡Ay de mí! ¡Mis dos hermosos hijos cayeron en un lazo! ¡Vuestra muerte será la mía, hijos! ¡Vosotros debíais haber vivido lo bastante para presenciar la muerte de vuestro padre y he aquí que me toca llorar la vuestra!" Todo el ejército unió sus lágrimas a las de su Zar, de tal manera, que hasta las mismas montañas retemblaban y en los valles repercutían los ecos de sus llantos. Súbitamente se levantó la

cortina que tapaba la entrada de la tienda, y una doncella salió de su recinto. Su belleza podía ser comparada a la de la aurora, al radiante sol o a las brillantes estrellas. Cuando el Zar la contempló, quedó inmóvil, y su corazón se apaciguó, como un pájaro nocturno cuando cae la tarde. Ella sonrió, haciéndole olvidar, con su sonrisa, de dónde venía y a qué iba. La memoria de sus dos hijos le pareció cosa indiferente. Esa mujer era aquella cuya belleza cegaba a los hombres y enamoraba sus corazones de tal manera, que todo lo que antes de verla les era querido y familiar, se convertía en extraño y ajeno. Nadie podía resistirse a la fuerza de su hechizo.

Inclinó su cabeza ante el Zar, cogió su mano en la blanca mano suya, y le guio hasta el interior de la tienda. Fue colocado el Zar ante una mesa, llena de ricas y exóticas viandas y vinos bermejos, que le fueron servidos. Sin poder apartar su mirada de la doncella, dijo: "Buscaba la tienda de mi enemigo y he encontrado la de mi amada". Ella seguía sonriente y muda. Cogió perfumes y aceites olorosos, para ungir con ellos el cuerpo del Zar. Luego le llevó a descansar sobre un lecho de plumas de cisne y le cubrió con un paño de oro. Se sentó a su lado, tocó armoniosas melodías, y Dadón quedó dormido.

Durante ocho días vivió Dadón en la tienda de la joven, comiendo y bebiendo copiosamente, en un descanso tan agradable, que no conoció

hastío ni añoranza. Al anochecer del día octavo, pidió que trajeran ante él un carro tirado por cuatro caballos y dijo a la joven: "Ahora debes venir conmigo a mi dorado palacio para vivir allí, con amor y alegría, como yo lo he hecho aquí en tu tienda de seda". Asintió la muchacha y subió al carro. Dadón se sentó a su lado y tomó en su mano la mano de la joven, como un pájaro que encuentra su nido. De esta manera hicieron el viaje. A una "versta" de la ciudad, el pueblo de Dadón salió a aclamarle con gritos y regocijos, pues las nuevas de lo sucedido habían precedido su llegada, y el pueblo se alegraba de que el gallo de oro durmiera en su pináculo y de que su Zar, que había salido de su ciudad en peligro, volviera sano y salvo trayendo a su lado a una Zarina, la más hermosa de cuantas había en los reinos de la tierra. El corazón de Dadón se llenó de orgullo. Saludaba en todas las direcciones con su sombrero de plumas, para contestar a las aclamaciones del pueblo, que le daba así su bienvenida. La joven sonreía. Súbitamente la muchedumbre se apartó, y el viejo brujo apareció ante el carro del Zar. Negras eran sus vestiduras y blanca su barba como la pluma del cisne. Su rostro estaba tan marchito como una hoja seca y sus ojos relucían como dos carbones encendidos que estuviesen entre cenizas. El Zar lo acogió benévolamente, exclamando: "¡Salud a ti, padre venerable! Y que viva sin fin el gallo de oro. Él me ha traído la paz a mi reino y a mi amada entre mis brazos".

El brujo saludó tres veces hasta el suelo, y dijo: "Compláceme que vuestra majestad mire favorablemente a mi gallo de oro, pues he venido a que cumpla mi Zar su palabra. Me jurasteis, Señor, que meería concedido lo que yo deseara, sin que nada hiciera demorar el cumplimiento de mi deseo. Esa fue la palabra que me dio el Zar. Mi deseo es tener a esta joven por esposa".

Se levantó Dadón echando chispas por los ojos, y con voz tremenda, que recordaba el trueno en las montañas, dijo, mientras el pueblo cambiaba sus aclamaciones por un profundo silencio: "¿Qué locura tuya es ésta, imbécil y malvado? ¿Qué espíritu infernal ha cambiado tu sabiduría en locura y tu honor en vergüenza?"

"Yo sólo recuerdo vuestra promesa, Señor".

"Mas en todo hay un límite, y esta joven no es para ti". "De esta manera el Zar será perjuro".

"Aunque lo fuera veinte veces no la conseguirías. Te puedo dar el oro que pidas, más de lo que puedan llevar diez hombres; tuyos son los vinos máspreciados de las bodegas reales, el corcel más rápido de las cuadras del Zar. Rango y honores, inmensas tierras te serán otorgadas. ¡Hasta la mitad de mi reino te daría! Despues de tu Señor, serás el hombre más importante del reino".

"Mi deseo no es poseer tierras, riquezas, honores, ni rápidos corceles, ni vinospreciados. Mi único deseo es poseer esta doncella. Cumplid vuestra promesa y entregádmela".

La ira del Zar entonces fue extraordinaria. Escupió sobre el traje del anciano, y le gritó: "¡Vete! ¡Fuera de mi vista, o no respondo de lo que pudiera hacerte!" Mas el brujo no se movió. Gritó Dadón, de nuevo: "¡Que se lo lleven!"

Dos soldados se adelantaron, pero cuando quisieron apresar al viejo para llevarlo, sus brazos se inmovilizaron. De nuevo gritó el brujo: "¡Vuestra promesa, Señor!" Mas la locura de aquel que quiere discutir con un monarca es la mayor que se conoce. Dadón levantó su cetro de oro y dió tal golpe sobre la frente del anciano, que éste cayó al suelo, envuelto en sus negras vestiduras. Su espíritu voló a otras regiones. El pueblo del Zar sintió entonces que el acto malvado de su monarca turbaba su espíritu y todos trataron de evitar las miradas del Zar. El corazón de Dadón también se sentía oprimido por el peso del pecado. Mas la joven, que no conocía ni el bien ni el mal, echóse a reír alegremente y dio a sus rojos labios una gracia incomparable. Oyéndola, Dadón reconfortó su ánimo. Siguieron, pues, su viaje y abandonaron el cuerpo del viejo brujo.

Al llegar a las puertas de la ciudad, oyeron todos un súbito ruido, como el batir de múltiples alas. Mirando hacia arriba, la muchedumbre vió que el gallo de oro volaba desde el pináculo, donde estuviera hasta entonces, y caía sobre la cabeza del Zar. Los ojos de la muchedumbre estaban fijos en él. Mas no se alzó una mano para socorrerlo. Todos quedaron paralizados, como bajo el poder de algún extraño encantamiento. El gallo de oro dio un picotazo sobre la cabeza del Zar, gritando: "¡Qui-qui-rri-quí! ¡Qui-qui-rri-quí! Que recaiga sobre tu cabeza todo el mal que nos has traído. ¡Qui-qui-rri-quí!" Desplegó entonces sus alas de oro y voló muy lejos de la vista de los hombres a regiones desconocidas. Dadón cayó al suelo, hizo oír un solo gemido y murió. En cuanto a la joven que estaba a su lado, se desvaneció como un sueño que ha acabado.

La historia de los tres cerditos

Ilustrado por Daniel Gómez e Traducido por Pedro Lama

Había una vez cerdos que hablaban en rima

Y monos que mascaban tabaco,

Y gallinas que tomaban rapé para ponerse fuertes,

Y patos que decían cuá, cuá, ioh!

Érase una vez una cerda vieja que tenía tres cerditos, y como ella no tenía lo suficiente para mantenerlos, los mandó por el mundo a buscar fortuna. El primero en marcharse se encontró con un hombre que llevaba un saco lleno de paja, y le dijo:

—Por favor, señor, déme esa paja para hacerme una casa.

El hombre se la dio, y el cerdito se construyó una casa. Entonces llegó un lobo, llamó a la puerta y dijo:

—Cerdito, cerdito, déjame entrar.

El cerdito le contestó:

—No, ni lo sueñes; jamás lo haré.

A lo que el lobo respondió:

–Entonces soplaré y soplaré, y tu casa derribaré.

De modo que sopló y sopló hasta que la casa hizo caer, y al cerdito se comió.

El segundo cerdito se encontró con un hombre que llevaba un atado de ramas, y le dijo:

–Por favor, señor, deme esas ramas para construirme una casa.

El hombre se las dio, y el cerdito construyó su casa.

Entonces llegó el lobo y dijo:

–Cerdito, cerdito, déjame entrar.

–No, ni lo sueñes; jamás lo haré.

–Entonces soplaré y soplaré, y tu casa derribaré.

De modo que sopló, sopló, y siguió soplando hasta que la casa derribó, y al cerdito se comió.

El tercer cerdito se encontró con un hombre que llevaba una carga de ladrillos, y le dijo:

–Por favor, señor, deme esos ladrillos para construirme una casa.

El hombre se los dio, y él construyó su casa. Entonces llegó el lobo, y al igual que a los otros cerditos, le dijo:

–Cerdito, cerdito, déjame entrar.

–No, ni lo sueñes; jamás lo haré.

–Entonces soplaré y soplaré, y tu casa derribaré.

Pues bien, sopló, sopló, sopló y siguió soplando, pero no pudo la casa derribar. Cuando se dio cuenta de que no podría hacerlo a pesar de todos sus soplidos y resoplidos, dijo:

–Cerdito, yo sé dónde hay una magnífica plantación de nabos.

– ¿Dónde? –preguntó el cerdito.

–Ah, en la huerta del señor Smith. Si estás listo mañana por la mañana, pasaré a buscarte para que vayamos juntos a coger unos cuantos para la cena.

–Muy bien –dijo el cerdito–, estaré listo. ¿A qué hora quieres ir?

–A las seis en punto.

Pues bien, el cerdito se levantó a las cinco y fue a buscar los nabos antes de que llegara el lobo, que lo hizo a eso de las seis y preguntó:

–Cerdito, ¿estás listo?

El cerdito dijo:

– ¡Listo! Ya he ido y regresado, y tengo una buena olla para la cena.

Esto enfureció al lobo, pero pensó que engañaría al cerdito de una u otra manera, de modo que dijo:

–Cerdito, yo sé dónde hay un gran manzano.

– ¿Dónde? –preguntó el cerdito.

–Allá en el Jardín Feliz –contestó el lobo–. Y si no me engañas, vendré a buscarte mañana a las cinco para que vayamos a buscar unas manzanas.

Pues bien, a la mañana siguiente el cerdito se apresuró a levantarse a las cuatro en punto, y fue a buscar las manzanas, esperando regresar antes de que el lobo llegara; pero esta vez tenía un camino más largo que recorrer y, además, tenía que trepar a un árbol. Justo en el momento en que se estaba bajando de él, vio al lobo venir.

Como habrás de suponer, esto lo asustó muchísimo. Cuando el lobo estuvo cerca, dijo:

– ¡Ajá, cerdito! ¿Has llegado antes que yo? ¿Están buenas las manzanas?

–Sí, muy buenas –dijo el cerdito–. Te tiraré una.

Y la tiró tan lejos, que mientras el lobo iba a buscarla, el cerdito bajó del árbol de un salto y volvió corriendo a su casa. Al día siguiente, el lobo regresó y le dijo al cerdito:

–Cerdito, hay una feria en Shanklin esta tarde, ¿quieres ir?

–Claro que sí –dijo el cerdo–. Iré. ¿A qué hora estarás listo?

–A las tres –dijo el lobo.

El cerdito se marchó antes de la hora acordada, como siempre. Llegó a la feria y compró un barril de manteca. Cuando iba de regreso a casa, vio al lobo venir. No supo qué hacer. Entonces se metió en el barril para esconderse, y al hacerlo, lo hizo girar, y el barril rodó colina abajo con el cerdo adentro. Esto asustó tanto al lobo, que regresó corriendo a su casa sin ir a la feria. Luego fue a casa del cerdito y le contó cuánto lo había asustado una gran cosa redonda que bajó a toda velocidad por la colina. Entonces el cerdito dijo:

– ¡Ajá! Entonces yo te he asustado. Fui a la feria y compré un barril de manteca. Cuando te vi, me metí en él y rodé colina abajo.

El lobo se puso terriblemente furioso y pensó que se comería al cerdito metiéndose por la chimenea para atraparlo. Cuando el cerdito se dio cuenta de las intenciones del lobo, colgó una olla llena de agua y encendió un fuego abrasador. Justo cuando el lobo estaba bajando, quitó

la tapa, y dentro cayó el lobo. El cerdito enseguida volvió a poner la tapa, lo coció y se lo comió para la cena. Y vivió feliz para siempre.

El gigante egoísta

Ilustrado por Daniel Gómez e Traducido por Pedro Lama

Todas las tardes, al volver del colegio, los niños iban a jugar al jardín del Gigante.

Era un jardín grande y hermoso, cubierto de un suave y verde césped.

Dispersas en la hierba brillaban bellas flores como estrellas, y había doce durazneros que en primavera se llenaban de delicadas flores color rosa y nácar, y en otoño se cargaban de ricos frutos. Los pájaros se posaban en los árboles y cantaban tan dulcemente que los niños interrumpían sus juegos para escucharlos.

– ¡Qué felices somos aquí! –se gritaban unos a otros.

Un día el gigante regresó. Había ido a visitar a su amigo, el ogro de Cornualles, y se había quedado con él durante siete años. Transcurrido este tiempo, dijo todo lo que tenía que decir, pues su conversación era limitada, y decidió volver a su castillo. Al llegar vio a los niños jugando en el jardín.

– ¿Qué hacen aquí? –les gritó con una voz muy áspera, y los niños salieron corriendo.

–Mi jardín es mi jardín –dijo el Gigante–. Todos deben entenderlo así.

Y no permitiré que nadie más que yo juegue en él.

De manera que construyó un alto muro en derredor y puso un cartel:

TERMINANTEMENTE PROHIBIDA LA ENTRADA.

Era un gigante muy egoísta.

Los pobres niños ya no tenían dónde jugar.

Intentaron hacerlo en la carretera, pero ésta estaba muy polvorienta y llena de duras piedras, y no les gustó. Tomaron la costumbre de deambular alrededor del alto muro, una vez terminadas las clases, para hablar del hermoso jardín que había al otro lado.

– ¡Qué felices éramos allí! –se decían unos a otros.

Llegó la Primavera, y todo el país se pobló de florecillas y pajaritos. Solo en el jardín del Gigante Egoísta seguía siendo invierno. Los pájaros no querían cantar en él porque no había niños y los árboles se olvidaron de florecer. Una vez, una bella flor asomó su cabeza entre la hierba, pero al ver el cartel sintió tanta lástima por los niños que volvió a dejarse caer sobre la tierra y se durmió. Las únicas que estaban contentas eran la Nieve y la Escarcha.

–La Primavera se ha olvidado de este jardín –exclamaron–, así que nos quedaremos a vivir aquí todo el año.

La Nieve cubrió el césped con su gran manto blanco, y la Escarcha pintó de plata todos los árboles. Luego invitaron al Viento del Norte a quedarse allí con ellas, y él aceptó. Estaba envuelto en pieles y bramaba todo el día por el jardín, derribando las chimeneas.

—Este es un sitio encantador —dijo—. Tenemos que pedirle al Granizo que venga a visitarnos.

Y llegó el Granizo. Todos los días tamborileaba en el techo del castillo durante tres horas, hasta romper casi todas las tejas, y luego correteaba por el jardín tan rápido como podía. Vestía de gris y su aliento era como el hielo.

—No entiendo por qué la Primavera se ha demorado tanto en llegar —decía el Gigante Egoísta al asomarse a la ventana y ver su jardín blanco y frío—. Espero que el tiempo cambie.

Pero la Primavera nunca llegó, ni tampoco el Verano. El Otoño dio frutos dorados a todos los jardines, pero al jardín del Gigante no le dio ninguno.

—Es demasiado egoísta —dijo.

De modo que era siempre Invierno allí, y el Viento del Norte, la Escarcha, el Granizo y la Nieve bailaban entre los árboles.

Una mañana, el Gigante yacía despierto en su cama cuando oyó una música preciosa. Sonaba tan dulce en sus oídos que pensó que debían ser los músicos del rey que pasaban por allí. En realidad, era solo un jilguerillo que cantaba frente a su ventana, pero hacía tanto tiempo que no oía cantar un pájaro en su jardín, que le pareció la música más bella del mundo. Entonces el Granizo dejó de bailar sobre su cabeza, el Viento del Norte dejó de bramar y un delicioso perfume llegó hasta él a través de la ventana abierta.

—Creo que por fin ha llegado la Primavera —dijo el Gigante, y se bajó de la cama de un salto para ir a asomarse a la ventana. ¿Y qué vio?

Vio un espectáculo maravilloso. Los niños habían entrado en el jardín por un pequeño boquete abierto en el muro, y estaban sentados en las ramas de los árboles. En cada árbol que alcanzaba a ver había un niño. Y los árboles estaban tan contentos de que hubieran regresado, que se habían cubierto de flores y agitaban sus brazos suavemente sobre las cabezas de los niños. Los pájaros revoloteaban de un lado a otro y gorjeaban de alegría, y las flores se asomaban entre el verde césped y reían. Era una escena encantadora. Sólo en un rincón seguía siendo invierno. Era el rincón más apartado del jardín, y allí se encontraba un niñito. Era tan pequeño que no podía alcanzar las ramas del árbol, y daba vueltas a su alrededor, llorando amargamente. El pobre árbol aún

estaba cubierto de escarcha y nieve, y el Viento del Norte soplabía y
bramaba sobre él.

– ¡Sube, pequeño! –decía el árbol, inclinando sus ramas tanto como le
era posible; pero el niño era demasiado chico.

Y el Gigante se conmovió al contemplar este espectáculo.

– ¡Qué egoísta he sido! –dijo–. Ahora sé por qué la Primavera no quería
venir aquí. Subiré a ese pobre niñito a la copa del árbol y luego
derribaré el muro. Mi jardín será el patio de recreo de los niños para
siempre jamás.

Estaba verdaderamente arrepentido de lo que había hecho.

Bajó entonces la escalera, abrió la puerta con mucho cuidado y salió al
jardín. Pero cuando los niños lo vieron se asustaron tanto que salieron
corriendo, y en el jardín volvió a ser invierno. Sólo el niño pequeño se
quedó allí, pues sus ojos estaban tan llenos de lágrimas que no vio
llegar al Gigante. Y el Gigante se le acercó sigilosamente por detrás, lo
tomó dulcemente entre sus manos y lo subió al árbol. Y el árbol
enseguida floreció, los pájaros vinieron a cantar en él, y el niño extendió
los brazos, se los echó al cuello al Gigante y lo besó. Los otros niños, al
ver que el Gigante ya no era malo, regresaron corriendo, y con ellos
volvió la Primavera.

–Desde ahora, este es su jardín, niños –dijo el Gigante; y cogiendo un hacha enorme, derribó el muro.

Y al mediodía, cuando los habitantes del pueblo se dirigían al mercado, encontraron al Gigante jugando con los niños en el jardín más hermoso que jamás habían visto.

Jugaron todo el día, y al atardecer fueron a despedirse del Gigante.

–Pero, ¿dónde está su compañerito? –les preguntó–. El niño que subí al árbol.

El Gigante lo quería más que a los otros porque le había dado un beso.

–No sabemos –contestaron los niños–, se ha ido.

–Díganle que venga mañana sin falta –dijo el Gigante. Pero los niños le dijeron que no sabían dónde vivía y que nunca antes lo habían visto, y el Gigante se quedó muy triste.

Todas las tardes, al salir del colegio, los niños iban a jugar con el Gigante.

Pero el niño a quien el Gigante más quería, no volvió nunca más. El Gigante era muy bueno con todos los niños, pero echaba de menos a su primer amiguito y a menudo hablaba de él.

– ¡Cómo me gustaría volver a verlo! –solía decir.

Pasaron los años, y el Gigante se volvió muy viejo y débil. Ya no podía jugar, de manera que se sentaba en una enorme butaca a ver a los niños jugar y admirar su jardín.

–Tengo muchas flores hermosas –decía–, pero los niños son las flores más hermosas de todas.

Una mañana de invierno, miró por la ventana mientras se vestía. Ya no odiaba el Invierno, pues sabía que este no era más que la Primavera dormida y el reposo de las flores. De repente, se restregó los ojos con asombro, y volvió a mirar una y otra vez. Era, sin duda alguna, una visión maravillosa. En el rincón más lejano del jardín había un árbol cubierto de preciosas flores blancas. Sus ramas eran todas doradas y frutos plateados colgaban de ellas. Bajo el árbol estaba el pequeño al que tanto quería.

El Gigante bajó las escaleras corriendo con gran júbilo y salió al jardín. Lo cruzó deprisa para acercarse al niño. Cuando estuvo junto a él, su cara enrojeció de ira, y dijo:

– ¿Quién se ha atrevido a herirte?

Pues en las palmas de las manos del niño y en sus piececitos se veían las huellas de dos clavos.

– ¿Quién se ha atrevido a herirte? –gritó el Gigante–. Dímelo. Iré a coger mi gran espada y le mataré.

– ¡No! –Respondió el niño–. Estas son las heridas del Amor.

– ¿Quién eres? –le preguntó el Gigante. Un extraño temor se adueñó de él, y cayó de rodillas ante el pequeño.

El niño le sonrió al Gigante y le dijo:

–Una vez me dejaste jugar en tu jardín. Hoy vendrás conmigo a mi jardín, que es el Paraíso.

Cuando los niños llegaron aquella tarde, encontraron al Gigante muerto bajo el árbol, todo cubierto de flores blancas.

Los músicos de Bremen

Ilustrado por Daniel Gómez e Traducido por Pedro Lama

Érase un hombre que tenía un burro que durante muchísimos años había transportado sin descanso sacos de maíz al molino; pero ya estaba perdiendo su fuerza, y cada día que pasaba era menos apto para el trabajo. Entonces su amo empezó a pensar en cuál sería la mejor forma de deshacerse de él; pero el burro, al darse cuenta de que no soplaban buenos vientos, huyó de allí y se puso en camino hacia Bremen. "Allí –pensó– seguramente podré convertirme en músico municipal". Después de recorrer un buen trecho, encontró un perro de caza echado en el camino, jadeando como si hubiera corrido hasta quedar exhausto.

– ¿Por qué jadeas de esa manera, amigo? –preguntó el burro.

– ¡Ah! –Contestó el perro de caza–, como soy viejo y estoy más débil cada día y ya no puedo cazar, mi amo quiso matarme, de manera que me di a la fuga. Pero, ¿cómo voy a ganarme el pan?

– ¿Sabes una cosa? –Dijo el burro–. Yo voy a Bremen porque quiero ser músico municipal. Ven conmigo y hazte músico tú también. Yo tocaré el laúd y tú puedes tocar los timbales.

El perro de caza aceptó y prosiguieron juntos el camino.

Poco después encontraron un gato sentado en medio del sendero con cara de tres días sin probar bocado.

–A ver, viejo rapaz, ¿qué te ha pasado a ti?

– ¿Quién puede estar contento cuando su pellejo corre peligro?

–Contestó el gato–. Porque me estoy poniendo viejo, mis dientes están gastados y prefiero tenderme hecho un ovillo junto al fuego antes que cazar ratones, mi ama ha querido ahogarme; de manera que decidí huir.

Pero ahora no encuentro quién me dé un buen consejo. ¿Adónde iré?

–Ven con nosotros a Bremen. Tú sabes mucho de música nocturna, puedes ser un músico municipal.

El gato lo pensó muy bien y decidió irse con ellos. Después de un rato, los tres fugitivos llegaron a un corral. Un gallo se encontraba sentado sobre el portón, cacareando con todas sus fuerzas.

–Tu canto me atraviesa el alma –dijo el burro–. ¿Qué te pasa?

–He estado pronosticando buen tiempo, porque es el día en que Nuestra Señora lava las camisitas del Niño Jesús y quiere ponerlas a secar –dijo el gallo–; pero vendrán invitados este domingo, y como la dueña de casa no tiene compasión, le ha dicho a la cocinera que quiere comerme en la sopa mañana, y esta noche me cortarán la cabeza. Por eso cacareo con todas mis fuerzas mientras puedo.

– ¡Qué tontería, cresta roja! –Dijo el burro–; mejor será que vengas con nosotros. Vamos a Bremen. En cualquier parte puedes encontrar algo mejor que la muerte. Tienes buena voz, y si hacemos música juntos, seguramente será de muy buena calidad.

El gallo estuvo de acuerdo con este plan, y los cuatro se marcharon juntos. Sin embargo, no pudieron llegar a la ciudad de Bremen en un solo día, y al atardecer decidieron pasar la noche en un bosque. El burro y el perro de caza se echaron bajo un gran árbol, el gato y el gallo se acomodaron en las ramas; pero este último voló hasta la copa, donde estaría más seguro. Antes de dormirse, miró hacia los cuatro puntos cardinales y le pareció ver una lucesita brillando a lo lejos. De modo que gritó a sus compañeros que seguramente había una casa no muy lejos de allí, pues había visto un destello.

El burro dijo:

–Si es así, será mejor que nos levantemos y vayamos hasta allí, pues este no es un muy buen refugio.

El perro de caza pensó que unos cuantos huesos con algo de carne no le caerían nada mal.

Así que se encaminaron hacia el lugar donde estaba la luz, y al poco tiempo la vieron brillar con más fuerza y agrandarse, hasta que llegaron

a una guarida de ladrones muy bien iluminada. El burro, que era el más grande, se acercó a la ventana y miró hacia el interior de la casa.

– ¿Qué ves, mi caballo gris? –preguntó el gallo.

– ¿Que qué veo? –Contestó el burro–. Una mesa cubierta de buenas cosas para comer y beber, y unos ladrones sentados a su alrededor que la están pasando muy bien.

–Eso es lo que nosotros necesitamos –dijo el gallo. –Sí, sí. ¡Ah, cómo me gustaría que estuviéramos allí! –dijo el burro. Los animales deliberaron entonces acerca de la manera de hacer salir a los ladrones, y finalmente concibieron un plan. El burro pondría sus patas delanteras en el alféizar; el perro de caza se subiría al lomo del burro, el gato treparía sobre el perro; y, por último, el gallo se posaría en la cabeza del gato.

Una vez hecho esto, a una señal convenida, empezaron a interpretar su música juntos: el burro rebuznaba, el perro ladraba, el gato maullaba y el gallo cacareaba. Luego, con un ruido estrepitoso, rompieron la ventana y entraron de sopetón en la habitación. Ante tan horrible estruendo, los ladrones se levantaron de un salto, pensando que había entrado un fantasma, y huyeron al bosque muertos del susto. Los cuatro compañeros se sentaron a la mesa, más que satisfechos con lo que

había quedado, y comieron como si fueran a ayunar durante todo un mes.

Cuando los cuatro juglares terminaron, apagaron la luz, y cada uno buscó un lugar para dormir apropiado a su naturaleza y gusto. El burro se echó sobre un montón de paja en el patio, el perro detrás de la puerta, el gato junto a las cenizas calientes de la chimenea y el gallo se posó en una de las vigas del techo. Y como todos estaban cansados de tanto andar, no tardaron en quedarse dormidos.

Pasada la medianoche, al ver los ladrones desde lejos que la luz ya no estaba encendida en la casa y que todo parecía estar tranquilo, dijo el jefe:

—No hemos debido asustarnos tanto.

Y ordenó a uno de ellos que fuera a inspeccionar la casa.

Al encontrar todo tan tranquilo, el mensajero fue a la cocina a encender una vela. Creyendo que los ojos resplandecientes del gato eran brasas, les acercó un fósforo para hacer fuego. Pero el gato no estaba para bromas y le saltó a la cara, escupiéndole y arañándolo. Terriblemente asustado, el hombre corrió a la puerta trasera, pero el perro que estaba allí tendido se levantó de un salto y le mordió la pierna. Y cuando atravesaba el patio corriendo, al pasar junto al montón de paja, el burro

le propinó una fuerte coz con su pata trasera. El gallo, al que el ruido había despertado y se había puesto muy nervioso, gritó desde la viga:

– ¡Qui-qui-ri-quí!

Entonces el ladrón corrió con todas sus fuerzas para volver junto a su jefe, y le dijo:

– ¡Ah! En la casa hay una horrible bruja, que me escupió y me arañó la cara con sus largas garras. En la puerta hay un hombre con un puñal, y me lo clavó en la pierna. En el patio hay un monstruo negro, que me golpeó con un garrote de madera. Y arriba, en el tejado, estaba sentado el juez, que gritaba: “¡Traédmelo aquí!” Así que me escapé como pude.

Después de esto, los ladrones no se atrevieron a volver a la casa; pero los cuatro músicos de Bremen se sintieron tan a gusto en ella, que no quisieron abandonarla nunca más. Y el último que contó esta historia aún tiene la boca seca de tanto hablar.

Este libro está estructurado con parámetros de accesibilidad para garantizar el acceso autónomo e independiente, a las personas ciegas y con baja visión usuarias de lectores de pantalla, a la información, a la educación y al conocimiento. Estructuración realizada con la financiación de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo, AECID, y la cofinanciación de la Fundación ONCE – América Latina, FOAL. Se prohíbe su comercialización.

Bogotá, Colombia.

Enero de 2022